

Globethics Repository



El MAS y la búsqueda de un perfil distintivo [The MAS and the search for a distinctive profile]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Petkoff, Teodoro
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-21 10:44:47
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221293

El MAS y la búsqueda de un perfil distintivo

Petkoff, Teodoro

Petkoff, Teodoro: Líder y fundador del partido MAS (Movimiento al Socialismo) de Venezuela. Candidato presidencial en las elecciones de 1983 y 1988. Actualmente diputado al Congreso Nacional. Es economista.

Fundado en 1971, como una escisión del Partido Comunista de Venezuela, el MAS elaboró una propuesta socialista autónoma, fuertemente crítica del marxismo-leninismo, que valoró a la democracia como componente sine qua non del cambio social, lo que significó un rápido alejamiento de su área de origen. En cuanto a su estructura interna, el Movimiento al Socialismo se apartó radicalmente de los «modelos» prevalecientes, en general, en todos los partidos venezolanos, incluido Acción Democrática, donde el verticalismo, la acción de los «cogollos» y el control partidista de los movimientos sociales es la regla. En lo interno, el MAS permite el libre juego de corrientes y ha extendido a la base partidaria la decisión sobre candidaturas, origen de los debates y renovación de autoridades, con plazos precisos de extinción de los mandatos. En medio del aplastante bipartidismo venezolano, entre AD y COPEI, el MAS es el único que ha logrado una presencia significativa, subiendo su tradicional 6% al 10,3% en las elecciones generales de diciembre de 1988.

Para escribir sobre el MAS y las singularidades que acompañan su relativamente corta vida de dieciocho años, es conveniente una cierta reflexión en torno a algunos aspectos de un debate que en Venezuela ha adquirido especial entidad en los últimos años. Es el atinente a un tópico tan seriamente problematizado como es el de los partidos políticos, tanto en lo que atañe a su «fisiología» interna como a su relación con el cuerpo social.

Este debate ha venido adquiriendo creciente pertinencia, a medida que en el país ha ido ganando cuerpo una postura crítica respecto del rol de los partidos. Postura que no es aquella, por cierto, sin ningún peso específico, de origen ultraderechista y militarista, que niega de plano la vigencia de los partidos políticos, porque aboga (añorándolo nostálgicamente) por un régimen autoritario, en el cual la política deja de ser hecho de masas para reducirse a fenómeno de élites, confiscada por el autócrata y su camarilla, y en la cual hasta del partido dictatorial se puede prescindir. No; hoy estamos en presencia de actitudes críticas de clara filiación democrática, que partiendo del obvio reconocimiento de la existencia de partidos como expresión de la natural pluralidad del organismo social, plantean, sin embargo, una redefinición del papel del partido político en la sociedad y de sus relaciones con ésta, así como de su propio funcionamiento interno.

La realidad ha proporcionado varios datos cuyo examen suscita creciente inquietud. Por una parte, en lo referente al funcionamiento interno de los partidos, su verticalismo y la concentración del poder interno en las cúpulas - popularmente conocidas en Venezuela como «cogollos» -, tienden a privilegiar el aparato partidista frente a la colectividad afiliada y frente a la sociedad, y llevan a reducir, en consecuencia, de modo cada vez más incompatible con una sociedad abierta y democrática, el militante a soldado, obediente y no deliberante. Por otra parte, en sus vínculos con la sociedad, los partidos políticos han desarrollado, hasta extremos inaceptables, la tendencia a determinar, a controlar prácticamente todas las organizaciones sociales en las cuales se vertebra la sociedad civil. Sindicatos, gremios, juntas de vecinos, organizaciones empresariales, están hoy fuertemente «amarradas» por los partidos políticos. Pocas de esas instituciones escapan a ese férreo «control». Esta circunstancia, que podríamos calificar como una suerte de «totalitarismo plural» (ya que en nuestro caso venezolano no es un solo partido el que controla las organizaciones sociales, sino que lo hacen entre todos - gracias al método D'Hondt -, aunque es visible el mayor poder del partido Acción Democrática, el cual en buena parte de aquellas ejerce un poder más o menos hegemónico), ha ido reduciendo las organizaciones sociales a simples «correas de transmisión» de la voluntad partidista, anulando su independencia y autonomía y pervirtiendo la dinámica natural de cualquier sociedad democrática - por definición, no totalitaria -, en la cual la sociedad civil posee su especificidad y el partido político la suya y la interacción entre ambos polos fecunda el conjunto, siempre que el segundo no subordine a la primera.

Esta peculiaridad de la estructura política del país puede ser explicada a partir, por lo menos, de dos factores. Uno, de carácter histórico, vinculado al nacimiento, de-

sarrollo e integración tanto de los partidos políticos, como de las demás organizaciones sociales. En Venezuela, hasta la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935, al cabo de veintisiete años de brutal dictadura, tanto la sociedad civil como la política carecían prácticamente de toda organización. Naturalmente, a la muerte del dictador, la explosión política que vivió el país, la intensa politización que siguió a tan largo ayuno, incubó, ante todo, el nacimiento de los primeros partidos políticos modernos. Estos, entre 1936 y la primera mitad de la década de los 40, literalmente organizaron a la sociedad civil.

A diferencia de otros países, donde el partido político, en la forma en que lo conocemos hoy, aparece como la culminación del proceso de organización social, después de que éste ha ido dando origen a diversas estructuras institucionales más o menos corporativas, en Venezuela el partido político, por así decir, «crea» a la sociedad civil. Es al conjuro de la acción partidista como van brotando sindicatos y gremios y toda clase de organizaciones populares. Ya pues, desde el génesis, la relación entre los partidos políticos y la sociedad civil posee una particularidad, que bien puede ser considerada como típicamente venezolana, que habrá de marcar hasta hoy la dialéctica entre aquéllos y ésta en nuestro país. Los partidos organizaron a la sociedad y desde entonces actúan como si fueran «dueños» de ella.

Pero, a este factor de origen histórico, relativamente objetivo, debe añadirse un segundo, éste de carácter subjetivo: la voluntad consciente de los partidos políticos dirigida a hacer de las organizaciones sociales simples «correas de transmisión». Esta expresión es de Lenin y este nombre no surge por azar. Todos los partidos políticos venezolanos son de cepa leniniana. Comenzando por el mayor de ellos y el que más profundamente ha dejado su impronta en la historia contemporánea, que es AD. Los rasgos de verticalismo, de poder concentrado en el «cogollo», de subordinación de los organismos inferiores a los superiores, disciplina militar, delito de opinión, línea de partido y, finalmente, control de las organizaciones sociales por el partido, corresponden al modelo de partido revolucionario diseñado por Lenin en 1903 en su libro *¿Qué hacer?*

Leninismo y «costumbrismo»

Desde luego, Lenin diseñó un partido para la lucha en condiciones de clandestinidad, en las cuales se comprende que una organización política no puede tener un funcionamiento democrático, sino más bien militar, dictado por las necesidades de proteger a la organización y a sus militantes. Incidentalmente, no puedo dejar de señalar que pocos años después, al producirse la formidable marejada revolucionaria

ria de 1905 a 1907, durante la cual se crearon en Rusia condiciones políticas democráticas, Lenin propuso para su partido una organización distinta, llamémosla democrática, cuyo modelo él encontraba en el gran partido socialdemócrata alemán de entonces. Para Lenin, pues, la organización partidista no podía ser divorciada del contexto político. La entendía como un medio, que debía ajustarse plásticamente a las exigencias de la realidad política: para una sociedad dictatorial un partido de conspiradores, de régimen militar, para una sociedad democrática, un partido abierto y democrático.

Fue Stalin, años después, quien sacralizó el modelo leniniano de 1903 y lo consagró como modelo permanentes, definitivo, intemporal y ahistórico, de partido revolucionario. Los hombres que fundaron los primeros partidos políticos en Venezuela, en particular Rómulo Betancourt, abrevaron, como es suficientemente conocido, en las fuentes del Partido Comunista y del marxismo-leninismo. Y si bien en el caso de RB, él rompió bastante rápidamente con el PC, es evidente que en cuanto al modelo organizacional de partido, adoptó plenamente el leniniano, así como mantuvo vigentes los criterios referentes a las organizaciones sociales como correas de transmisión. Posteriormente, otros partidos políticos venezolanos - sin hablar de los de izquierda, los cuales, por razones obvias, no podían imaginar un tipo de partido distinto al leninista -, especialmente Copei, quizás menos rígidamente que AD, reprodujeron el modelo, ya no por «leninismo», sino por adopción de las costumbres partidistas que AD determinaba de modo tan relevante.

Es este modelo de partido, así como las relaciones de él con la sociedad, lo que crecientemente comienza a ser cuestionado en Venezuela. El segundo aspecto posee mayor prominencia pública, por razones obvias: atañe al mundo exterior a los partidos. Son perceptibles ya muchas señales de que la sociedad civil comienza a reaccionar, reclamando su propio espacio. Desde luego, no comparto la visión simplista de quienes confunden los signos de insatisfacción con un supuesto «rechazo» mayoritario a los partidos. Estos están todavía lejos de haber perdido la batalla frente a la sociedad civil. Su influencia y dominio sobre ésta es aún decisiva. Pero, si los partidos políticos no leen bien los signos en el cielo y no promueven ellos mismos una autonomización de las organizaciones sociales, autolimitando la tentación de «controlarlas», entonces esta insatisfacción embrionaria de hoy puede transformarse en un real rechazo y en una ruptura traumática, que sólo puede beneficiar a las posturas antidemocráticas siempre presentes en la sociedad y que bien pueden encontrar aire para respirar en el progresivo distanciamiento entre partidos y sociedad civil.

Pero existen otros signos de que también dentro de los partidos el viejo modelo leniniano es cuestionado. Las cada vez más frecuentes «rebeliones» locales, de quienes se niegan a acatar decisiones de los «cogollos», la institucionalización de facto de corrientes y tendencias internas, que rompen con el sedicente monolitismo establecido en estatutos, las cada vez más abiertas contradicciones entre «aparatos» y base, la utilización cada vez mayor de los tribunales disciplinarios y la extensión del delito de opinión denotan una creciente conflictivización de la vida interna de los partidos venezolanos, de la cual las peripecias electorales no son sino una manera en que cristaliza aquella conflictividad.

En el MAS

Estas reflexiones apresuradas vienen a cuento, porque ellas han estado presentes en el debate interno del MAS. En efecto, el MAS, dentro de la modestia de su magnitud cuantitativa, ha significado, a mi modo de ver, la primera y hasta ahora única tentativa de renovación partidista habida en el país. Por una parte, desde el punto de vista de las ideas, desde el ángulo teórico, el MAS constituye una ruptura radical con el marxismo-leninismo. A partir de un PC clásico, quienes fundamos el MAS hemos elaborado una proposición socialista, mas no marxista-leninista, es decir, no comunista. Lo cual en la práctica política ha significado una valorización de la democracia como componente sine qua non del cambio social, el cual sin aquella no pasaría de ser, tal como muestran diversas experiencias históricas, una nueva forma de autoritarismo político, cuando no de despotismo, dentro de la cual los eventuales logros de una mayor justicia social serían degradados, y hasta anulados, por la inexistencia de la estructura política democrática y por la asfixia de los derechos políticos y civiles de la población.

Para el MAS, el cambio real sólo puede ser producto de un proceso en el cual justicia y libertad se fecunden mutuamente, sin que ninguna de ellas pueda o deba ser sacrificada en el altar de la otra. El proyecto marxista-leninista, fundado en la idea de mayor justicia social, reduce ésta a una irrisión, al no comprender el vínculo esencial existente entre la igualdad de oportunidades que la justicia procura, y la libertad democrática para decidir las opciones, que la justicia debe crear. Si ésta no existe, la justicia tiene patas cortas, del mismo modo que si la justicia no existe, como es visible en sociedades como la nuestra, la libertad también posee patas cortas. De allí que el proyecto que nos es propio asume, por supuesto, la idea de justicia social, lo cual implica una visión profundamente crítica de una sociedad como la que nos alberga, porque ella mantiene a millones de personas al margen del bienestar material y espiritual, pero la hace inseparable de la libertad, lo cual implica

una visión también profundamente crítica de aquellos modelos sociales que la han sacrificado y cuya reproducción entre nosotros sería completamente indeseable.

De igual manera, la ruptura con la visión marxista-leninista supone también el abandono de aquella noción finalista o teleológica de la historia, que la supone inexorablemente dirigida hacia una determinada meta o fin, el cual, quierase o no, habrá de llegar, poseyendo, además, esa meta una condición de modelo más o menos cerrado, con rasgos definidos desde ya, y cuya construcción real será tal como la de una edificación cuya erección se ajusta a un plano. En nombre de este finalismo y de un modelo apriorísticamente definido, se han producido perversiones monstruosas pues, como en el viejo cuento de La Cenicienta, si la vida real no se ajusta al modelo prefijado, entonces se amputan trozos de vida real, para que esta quepa en el molde. El último y más demencial de estos casos fue el de la Camboya de Pol Pot, donde en nombre del ideal, millones de personas fueron sacrificadas y maltratadas.

Sin modelo prefijado

Para el MAS, el cambio social es concebido como un proceso de base democrática, nunca acabado, que se crea y recrea a sí mismo a partir de los datos que la propia realidad cambiante va proporcionando. Esto excluye, desde luego, toda idea de cambio social como producto de la acción de un grupo de iluminados que «saben» de lo que se trata y que desde las alturas de su sabiduría guiarían al pueblo hacia una meta cuyas características sólo ellos conocen. No hay, pues, modelo cerrado y prefijado, sino una realidad cambiante, a la cual la voluntad política procura orientar hacia niveles superiores de bienestar, justicia y libertad.

Si no hay modelo cerrado ni meta final diseñada a priori, entonces tampoco puede admitirse una concepción totalitaria de la sociedad y del Estado, pues viene a ser inadmisibile la existencia de una voluntad única en la nación, cristalizada en el Estado, que establecería todas las pautas de la vida de acuerdo a la voluntad de los organismos centrales del poder político, sin dejar ningún margen para la iniciativa individual. Al contrario, nuestra óptica es la de quienes piensan que en lo económico, los intereses generales de la nación, expresados en un plan, sólo pueden trazarse si la voluntad central, eso es, la del Estado, es compatibilizada con la voluntad de la sociedad, lo cual implica la aceptación de un margen razonable para la acción de las leyes del mercado, de modo que la atribución de recursos económicos y el establecimiento de las metas económico-sociales no se abstraigan de las exigencias de la sociedad. Asimismo, en lo político y cultural, la visión no totalitaria supone la

comprensión de la pluralidad natural de toda sociedad y el rechazo de patrones culturales y/o políticos decididos unívocamente por el Estado de partido único.

En definitiva, pues, el MAS viene a ser un partido socialista de carácter «laico», si se puede decir así, pues no posee ninguna definición doctrinaria. Sus afiliados sólo están comprometidos por el programa, pero no por la adscripción a una determinada corriente filosófico-política. En este sentido, no sólo no es marxista-leninista, la cual es una categoría puramente política, sino que ni siquiera es marxista en el sentido filosófico-religioso de la palabra.

En otro orden de ideas, más concreto, pero también atinente a sus definiciones de fondo, el MAS comporta igualmente una ruptura con la visión «vaticanista», clásica de la izquierda marxista-leninista. En otras palabras, el MAS no depende de ningún «Vaticano», ya esté éste ubicado en Moscú, en Pekín o en La Habana. Fue el nuestro el primer y único caso, hasta ahora, de una escisión proveniente de un PC prosoviético que, una vez creada, no optó por ninguno de los polos alternos, sino que proclamó su raíz y su vocación nacional.

Ahora, retomemos el hilo de las consideraciones iniciales, porque en torno a ellas en el MAS también se han producido reflexiones que creemos importantes. Nuestra historia ha sido la de la búsqueda permanente, aunque a veces contradictoria, de un tipo de partido efectivamente democrático en su régimen interno. Esto, desde luego, supone la crítica del modelo leniniano de partido, lo cual en la práctica, viene a ser la crítica del modelo de partido venezolano.

En tal sentido, nuestra primera preocupación fue la de garantizar la protección de las posiciones minoritarias que resultaren de cualquier debate. Al principio esto no pasó de ser un buen deseo, escrito en los estatutos, pero sin instrumentación concreta. Sólo cuando comprendimos que una colectividad humana es plural en su pensamiento y que incluso aquellas que comparten un mismo credo político lo son y que, por tanto, ese pluralismo no puede ser ahogado mediante ficciones estatutarias o medidas disciplinarias, fue que llegamos a la decisión de legitimar la posibilidad de que existan tendencias o corrientes de opinión internas y de reconocer, en la integración de los organismos de dirección, la representación proporcional de cada corriente de acuerdo a su peso electoral interno.

Fuerza es decir que al principio legalizamos fracciones más que tendencias, es decir, «partiditos» dentro del partido, porque esa fue la realidad que se había creado en el proceso de debates anteriores. Pero, poco a poco, las fracciones se han ido di-

solviendo y los nuevos debates ven la aparición de reacomodos internos a tenor de las ideas en discusión. Después de la Convención de 1985, las antiguas fronteras internas casi se han borrado y aparecen nuevas correlaciones, dentro del criterio de lo que es una tendencia interna, la cual, por definición, no supone ni lealtades personales a tal o cual dirigente ni posturas apriorísticas y eternas. Que este mecanismo integra, en lugar de desintegrar, lo comprobó precisamente la Convención de 1985, celebrada en medio de un clima de relativa pugnacidad, pero siendo la primera que se realizaba dentro de régimen de tendencias, sus resultados, legitimados por el voto directo de la base, al dimensionar a cada corriente de las existentes entonces, produjeron un clima de estabilidad interna mucho mayor que en ninguna otra época. Se supo cuánto pesaba cada corriente y tal como ocurre en un país democrático, en el cual las elecciones colocan a cada quien en su puesto, el reconocimiento de esos resultados por todos aseguran la estabilidad de la nueva situación creada a partir del hecho electoral. Desde luego, el reconocimiento de los resultados es posible si el proceso electoral es llevado adelante por un poder electoral partidista autónomo, no dependiente de la secretaría de organización. Si el proceso electoral interno es organizado por esa secretaría, habrían razones para sospechar de su imparcialidad y objetividad. Así pues, la creación de un poder electoral interno, independiente y autónomo, viene a ser una condición indispensable para el adecuado funcionamiento de un régimen de tendencias.

Voz y voto de las bases

Ya anteriormente, en el MAS habíamos consagrado la circulación horizontal de ideas, debates y documentos, rompiendo con ello el verticalismo en que se sustenta el poder de las cúpulas. Esto significa que la dinámica de un debate interno no depende exclusivamente del vértice partidista, sino que sedes distintas a éste pueden suscitarlo. Esto, desde luego, comporta una considerable desconcentración del poder interno y un alto grado de descentralización de él. Esto posee una interesante derivación en relación con la elaboración de las planchas o listas electorales, porque en el MAS es impensable hoy ese mecanismo que confina la elaboración de las planchas a los «cogollos» partidistas. La desconcentración y descentralización del poder interno, al significar transferencia de él a los organismos regionales y locales, colocan en éstos también el poder de decisión sobre las planchas regionales y municipales.

En definitiva, el MAS ha roto esa compartimentación interna que, al sólo admitir vínculos verticales entre los organismos, deja a cada uno de los inferiores práctica-

mente indefensos frente al poder de las cúpulas. La horizontalización del poder es, pues, una condición de democracia interna.

Finalmente, en el MAS hemos producido disposiciones para impedir la consagración de directivos vitalicios. Al limitar en el tiempo la duración de los cargos nominalmente elegidos y al limitar las posibilidades de reelección, hemos hecho verdad el artículo de los estatutos que asegura a todos el derecho a elegir y ser elegidos. Se comprende que, cuando en determinados cargos están «atornillados» dirigentes de por vida, tales posiciones no están abiertas a la elección de todos.

Estas reformas, amén de aquellas que establecen la elección directa por la base de los delegados a la convención nacional y a cada una de las intermedias, así como la elección por la base del candidato presidencial del MAS, conforman un conjunto dirigido a la renovación del concepto mismo de partido político. En lo atinente a la relación del partido con la sociedad, hemos insistido en la necesidad de restituir a la sociedad civil su autonomía, pero se comprende que para un pequeño partido, dentro del sistema vigente en Venezuela, resultaría casi suicida tomar esa decisión unilateralmente. Ella tendría que ser producto de un consenso de todos y de un proceso cuyas características es difícil definir desde ahora.

Ahora bien, este proceso de reformas democráticas en el seno del MAS no ha sido fácil ni lineal. Al contrario, se ha producido dentro del contexto de ardorosos debates y en medio del fragor de la lucha política y electoral del país. Aquellas reformas han formado parte del progresivo asentamiento del MAS como fuerza política entretejida en la urdimbre de la política y la cultura nacionales y de su progresiva afirmación como fuerza componente del espectro de partidos democráticos del país.

Un perfil propio

La historia del MAS se puede dividir por lo menos en dos períodos. Uno que va desde su nacimiento, en enero de 1971, hasta diciembre de 1983, y otro después de esta fecha. El primero es el de la lenta y penosa afirmación de su identidad y de su perfil. Se trataba de hacer presente en el país una fuerza socialista, pero (y el pero es preciso subrayarlo, porque hasta entonces esa condición estuvo asociada a características completamente diferentes a las que el MAS le dio), pero democrática e independiente de todo centro de poder mundial. Ello implicaba un esfuerzo de desmarcarse respecto de la izquierda tradicional, indispensable para que el país pudiera percibir un planteamiento novedoso y no la mera presencia de un grupúsculo iz-

quierdista más, otra isla de ese archipiélago lleno de divisiones y subdivisiones. De allí que el MAS definiera una postura frente a uno de los más perdurables mitos de la izquierda, el de la unidad, muy poco convencional. El MAS nació rechazando ese concepto y afirmando la necesidad de marchar al margen de experiencias «unitarias», a las cuales no veía futuro y en cuyo seno, sin embargo, se habría diluido la fuerza que queríamos constituir. Independientemente de que nuestra conducta haya podido expresarse a veces en forma arrogante o posible de ser confundida con sectarismo, lo cierto es que la definición política de fondo, que es lo que cuenta, no envolvía ningún desprecio hacia nadie, sino la necesidad de hacer perceptible por el pueblo una organización de izquierda que no pudiera ser confundida con la comunista o marxista-leninista, para que pudiera avanzar no como parte de un conjunto cuyo proyecto el país no acepta, sino como portaestandarte de un proyecto socialista y democrático que el país pueda hacer suyo.

Este propósito se mantuvo, con contradicciones y retrocesos, a lo largo de varios años, durante los cuales, la presión del entorno izquierdista y la existencia en el MAS de algunos sectores sensibles a esa presión, nos llevó a cometer algunas inconsecuencias con la línea estratégica; pero, finalmente, para 1983, el MAS produce ese paso decisivo de afirmación de sí mismo que fue la candidatura propia. Con ella culmina este período.

Ahora bien, el proceso de afirmación y de creación de identidad se desarrolló dentro de un marco histórico particularmente difícil, del cual, cuando se le examina en retrospectiva, sólo puede maravillar que el MAS no haya perecido dentro de él. Porque, en efecto, el MAS es en cierta forma un milagro de la voluntad y de la tenacidad de sus hombres y mujeres.

Al MAS le tocó desarrollarse confrontado con tres obstáculos histórico-estructurales y uno coyuntural, cuya existencia obliga a repensar más objetivamente ese 6% que en tres ocasiones repitió en los procesos electorales. Ciertamente, el MAS no ha avanzado electoralmente, pero tampoco ha decrecido y esto, que es una aparente muestra de estancamiento, debe ser matizado en su consideración al registrar que su influencia política, aún no cristalizada electoralmente, cierto es, ha venido siendo, sin embargo, cada vez mayor, como lo testimonia el hecho de que en los períodos de campaña electoral los sondeos han venido mostrando una intención de voto por el MAS, es decir, una influencia política, en cada campaña mayor que en la anterior. Tan cierto es esto que en las elecciones de diciembre de 1988, el MAS alcanzó finalmente el 10,3% del total de votos, rompiendo el «techo» del 6%.

¿Cuáles fueron aquellos obstáculos?

En primer lugar, el ambiente psicológico y político de la nación en los años de vida del MAS. Fueron los años del gran boom petrolero y de la conformación de un clima en el país que por comodidad podemos denominar «mayamero». (Por Miami, como símbolo consumista). Un clima de consumismo desbordado, de satisfacción, en un país que para el resto del continente lucía como El Dorado, y dentro del cual una fuerza de izquierda, que por definición es asociada por el pueblo con un cambio radical, así su mensaje sea moderado, mal podía encontrar oídos para éste. No se puede decir que la atmósfera de los años «mayameros» haya sido especialmente propicia para la expansión de una fuerza socialista, sobre todo si el estereotipo negativo que la acompaña ha sido difícil de cambiar en la percepción del común.

En segundo lugar, fueron los años de la aparición y consolidación del fenómeno bipartidista. Mal podía en 1973, aquel grupo recién escindido del PCV y con la década de los 60 detrás, operar como cuña entre los dos partidos. Hasta 1968 el cuadro electoral fue múltiple; en 1973 la hegemonía es compartida sólo por AD y Copei. De allí en adelante, nos ha tocado actuar en ese cuadro, dentro del cual han sido trituradas en 15 años todas las fuerzas políticas venezolanas, con excepción del MAS. En esos años, el FND, el FDP y la CCN desaparecieron, después de haber sido fuerzas significativas; URD y el MEP vieron menguar aceleradamente su condición de grandes partidos. Sólo el MAS se ha mantenido. A un nivel modesto, sin duda, pero no ha podido ser bajado de su pequeño pedestal del 6%.

En tercer lugar, fueron los años de la crisis de la izquierda, tanto en el plano mundial, en su versión marxista-leninista, de cuya franca agonía el emblema es el Partido Comunista de Francia, como en el plano local, de lo cual es muestra evidente el estado en que se encuentra hoy este sector político. Siendo el MAS una fuerza de izquierda, es imposible imaginar que la crisis de esta parcela política pueda haberlo dejado incólume. Sin duda que lo ha afectado. Por otra parte, como derivación de este problema, el MAS debió luchar permanentemente contra la carga negativa que en el ánimo popular posee la connotación de comunista que se da a todo proyecto de cambio social. Ser considerado como comunista ya es un problema de por sí, pero ese problema es aún mayor si al comunismo en general se le está viendo en agonía. Es difícil que podamos escapar indemnes al rebote de este tema en el espíritu popular.

Reposicionamiento

En cuarto lugar está el obstáculo coyuntural que significó la confrontación con la candidatura de José Vicente Rangel en 1983, nuestra confrontación con alguien que durante los dos procesos electorales anteriores había sido nuestro candidato y que durante diez años estuvo estrechamente vinculado al partido. Haber vencido en esta batalla marca el momento inicial del segundo período de la vida del MAS y el término del largo proceso de afirmación. Pero la candidatura de JVR con otros sectores afectó duramente al MAS. Ella comportó un drenaje de 171 mil votos (de los 325 mil obtenidos en 1978) del MAS hacia el agrupamiento rangelistas (el PCV saltó de 55 a 115 mil votos entre 1978 y 1983, la LS de 30 a 60 mil; la NA de cero a 69 mil, y el MEP de 117 a 129 mil. Es evidente que esos crecimientos son debidos a la carga que JVR aportó).

El MAS debió, pues, compensar esa pérdida y tener aún aliento para subir 50 mil votos más hasta llegar en 1983 a 375 mil y todavía vencer por un margen estrecho en la tarjeta presidencial. La votación del MAS en 1983 posee, pues, una composición demográfica distinta a la de 1978. Invadió nuevas áreas de la población. Perdió parte de su influencia en la clase media radical, para la cual el discurso de JVR es más familiar, y también perdió a los votantes ya leales de JVR. Pero entró, como lo revela el examen de las mesas electorales, en esos sectores que en las encuestas llaman D y E, es decir, en los populares.

Se produjo lo que los especialistas llaman un «reposicionamiento» de los votantes con relación al MAS. Esto, unido al hecho de que durante largos meses antes de diciembre del 83, el MAS mantuvo en las encuestas un promedio de 15% en la intención del voto de los venezolanos, habla de una potencialidad expansiva de su política que sólo exigía una nueva oportunidad para manifestarse.

Tal oportunidad se presentó en 1988, cuando, como ya se ha dicho, nuestro porcentaje electoral alcanzó el 10,3%, con 733.000 votos. La segunda etapa de la historia del MAS tuvo aquí su primera expresión auspiciosa. Ahora estamos ante nuevos desafíos, pero en condiciones menos desventajosas.

En fin, pensando como pensamos, siempre en debate con nosotros mismos, todo lo que nos proponemos es participar del esfuerzo colectivo que pueda dar a los venezolanos una mayor capacidad de vivir con dignidad y una mayor capacidad para realizar sus potencialidades. No queremos otra cosa que formar parte del que esperamos sea un cada vez mayor universo impugnador de la actual sociedad capitalis-

ta venezolana. Decir esto, sin embargo, no es suficiente hoy, porque mucha gente, cuando oye hablar de impugnación del capitalismo inmediatamente asocia esa noción con socialismo soviético, de allí que sea necesario esclarecer que nuestro propósito posee una doble dimensión. Por una parte, transformar el capitalismo venezolano y, por la otra, hacerlo de modo que el socialismo no comporte la implantación de una sociedad burocratizada, no democrática, ultracentralizada, regimentada y en la cual el monopolio del poder político conduzca a la creación de nuevos privilegios sociales y nuevas desigualdades.

El desafío, pues, que debemos vencer, es aquel de cómo alcanzar justicia sin sacrificar la libertad y cómo mantener la libertad sin sacrificar la justicia.

De lo que se haga en nombre de la aspiración socialista, en nombre de un ideal que impregna hasta el tuétano nuestros huesos, tenemos todo el derecho del mundo a exigir cuentas. Y si éstas no nos cuadran, tenemos no sólo el derecho, sino el deber, de mantener viva la noble idea que da sentido a nuestras vidas, luchando para que lo que deba ser cambiado lo sea en un sentido que no contradiga aquella idea. Esto es todo.